



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Eduardo Mitre (Oruro, 1943)

 **LA PATRIA**
DESDE 1919

suplemento orureño de cultura

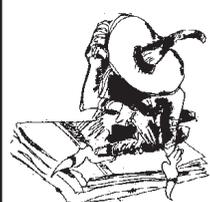
año XXVII n° 735 Oruro, domingo 26 de noviembre de 2023

Editorial

En esta edición, *El Duende* rinde homenaje a Eduardo Mitre (Oruro, 1943), celebrando los 80 años de vida del que, sin lugar a dudas, es el poeta boliviano más importante de la actualidad. Crítico, traductor, profesor universitario (enseñó en Columbia University, Dartmouth College y, desde 2000, lo hace en Saint Johns University en Queens, Nueva York), miembro de Número de la Academia Boliviana de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española, y colaborador de prestigiosas revistas como *Vuelta*, *Letras Libres* y *Cuadernos Hispanoamericanos*.

Su obra es leída y apreciada no solo en el ámbito de habla hispana, sino más allá, merced de las traducciones de sus poemas y por su propia labor como crítico y antologador. Sirva de ejemplo mencionar *Noces et Urnes*, *Catorce poetas de Bélgica*, antología hecha por Mitre y publicada en México en 1998.

La obra de Mitre poeta, así como la de Mitre lector, siempre desde una mirada lúcida y con absoluta pasión por la poesía, ha influido –y lo sigue haciendo– en las nuevas generaciones que, agradecidas, acuden a sus textos con ánimo –no defraudado– de aprendizaje y deleite. Para *El Duende* es un gusto y honor rendirle este modesto homenaje con la colaboración de un puñado de sus devotos lectores.



el duende
director: benjamín chávez
director honorario: luis eduardo
urquieta molleda (†)
consejo editor: edwin guzmán o.
patricia urquieta c.
erasmo zarzuela
martín zelaya s.
coordinación: julia garcía o.
duendeoruro@gmail.com

el duende no comparte
necesariamente las opiniones
de sus colaboradores.

www.elduendeoruro.com
www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



Carta a Eduardo Mitre

Sucre, noviembre de 2023

Es evidente que en la actualidad cuando una persona interesada en poesía boliviana empieza a buscar –sea en antologías o en Google– encuentra que, según la época, algunos nombres se repiten, casi como si sus poemas configuraran la voz poética del país. Ricardo Jaimes Freyre, Adela Zamudio, Oscar Cerruto, Jaime Saenz, Jesús Urzagasti... y, entre los contemporáneos, su nombre, Eduardo, es la constante.

Uno va a las páginas –de artículos, antologías o blogs– que lo mencionan y encuentra que su poesía es conocida y muy apreciada internacionalmente desde hace mucho tiempo, por personalidades literarias de la talla de Octavio Paz, Julio Cortázar, Guillermo Sucre, Julio Ortega o Antonio Muñoz Molina; que su obra es publicada por importantes editoriales de alcance internacional y que, actualmente, se puede encontrar toda su poesía en la prestigiosa editorial española *Pre-Textos*.

También se encuentran tesis que analizan su poesía y, como crítico, sus ya numerosos libros son una guía acertada hacia el conocimiento de otras voces. Incluso, a nivel local, de muchas maneras su obra está presente. Por ejemplo, las veces que he hecho una entrada en el blog GRATISpoesía (www.wordpress.gratispoesia.com), seleccionando algún poema suyo, ya sea en texto o en audio; o también, compartiendo con los y las jóvenes del taller de poesía “Celebración de lo inútil” que, desde hace unos meses, llevamos adelante junto al poeta Omar Alarcón (muy recomendado). Allí los participantes, que lo leyeron por vez primera, quedaron deslumbrados ante su poética. Mitre es un poeta universal.

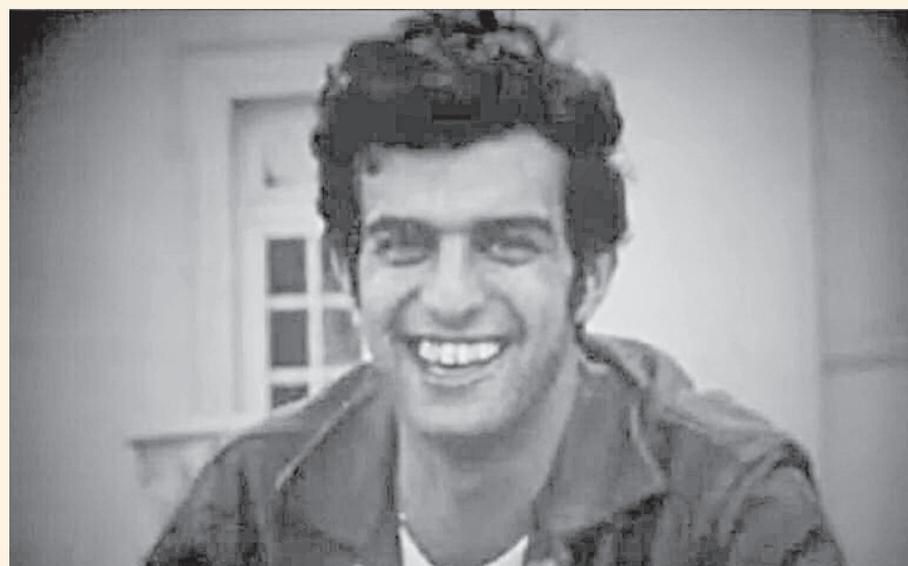
Entusiasmada de escribir un texto por su octogésimo aniversario en la edición especial de este suplemento, casi como un deber, quise escrutar qué hace que su voz poética sea tan única. Así que, durante varias semanas, leí su obra completa en orden cronológico, reencontrándome con lo que ya conocía de ella y descubriendo lo nuevo. Luego leí a quienes han escrito sobre usted y no puede evitar pensar: después de tantos libros, ¿qué diría usted mismo sobre la poesía de Eduardo Mitre, si usted no fuese Mitre? Quizás, como nosotros, notaría esa habilidad de deconstruir el lenguaje hasta darle otro movimiento, así como también esa mágica forma que tiene de iluminar con palabras un objeto, momento o persona cualquiera, trastocando su tiempo e imagen: *Ajena/ (como la muerte) / Al que entra y / (como la vida) / Al que sale // La puerta*. Pero de pronto, ya no buscaba sus características formales, sino las razones del porqué de su peculiar disposición, de dónde esa sonoridad o el cómo de esa mirada.

Una noche vi en un documental una foto suya como estudiante en la universidad, y sus rasgos me llevaron a pensar que su voz poética no solo está en su pluma, sino que viene de más atrás, de su infancia y juventud, de sus casas en Oruro y Cochabamba... desde Palestina. ¿Había yo notado cierta sonoridad y simetría árabe en su poesía? Dígamelo usted maestro. ¿Cómo fue crecer en ese entrecruzamiento de lenguas y culturas? Imagino a aquel niño pequeño escuchando a los abuelos recién llegados hablar entre sí. A Yaba Alberto y tío Saíd discutiendo entre risas y gritos en árabe, o a mamá Karime durmiéndolos con algunas *altahwidat* (canciones de cuna); luego, imagino también lo difícil de crecer entre la islamofobia –donde sea que esté– y la angustia por las masacres en Palestina.

En todo caso, resulta asombrosa la combinación entre su herencia y su Bolivia natal, que es capaz de regalarnos versos tan memorables como los que dedicó a su padre: *¿Qué buscabas con tus ojos / secretamente ebrios / de nostalgia? / ¿El camello imposible / en el país de la llama? / Rodeado de montañas / ¿el desierto y la luna / de los orígenes?*

Con cariño, gratitud y admiración.

Vero López



Eduardo Mitre: dos poemas inéditos y un vitral

Eduardo nos manda, desde Manhattan, dos poemas inéditos que aparecerán en su próximo libro, y también, “Vitral con Altiplano”, un poema que pertenece a su libro *Vitales de la memoria* (Pre-Textos, 2007), evocando lejanos recuerdos orureños.

De Lapallapan

¿Sin este lago, adónde iremos?
 ADRIÁN QUISPE

El lago Poopó, espejo
 de nuestros ancestros,
 mesa a lo largo de nuestras vidas,
 años cercado por la sequía,
 sorbido por el sol sediento
 como una gotita de agua
 acaba de desaparecer.
 No volverá con las lluvias.

Vitral con Altiplano

Se apagan las luces de Manhattan.
 Contemplo largamente la oscuridad,
 la memoria restaura al azar
 un vitral de la infancia:

Y he aquí que vamos allá
 por la claridad azul del Altiplano
 mi hermano Antonio y yo
 sentados atrás
 en la parrilla de dos flamantes
 bicicletas Raleigh.

Nos conducen diestros,
 sorteando baches
 y corneadas del viento,
 don Luis Bustillos y tío Carlos.

Pedalean veloces,
 sacándoles chispas a los pedales
 hasta dejar atrás el pasado,
 darle alcance al presente
 y pasar junto a estas imágenes.

Y bajo un campanario de nubes
 el prometido paraíso del viaje:
 los baños termales de Capachos
 y un festín de habas al promediar la tarde.

Marsella

¡Oh voz de la ciudad, voz de la madre!
 HÖLDERLIN

Marseille, Marsella, qué privilegio
 decir tu nombre
 en tu lengua y la mía,
 y caminar por primera vez
 entre tus gentes, tus calles,
 puertos y orillas.

No lo aprendí en la escuela
 sino de labios de mi madre
 que al contarnos su travesía
 de Belén a Bolivia, nos decía:
 “Entonces, Marseille, hijos, Marseille,
 y luego París tan linda
 y después un barco enorme
 en un puerto que ya no recuerdo.”

Subo temprano a la cima
 coronada por tu basílica,
 observo en la penumbra
 sus arcos y columnas
 vivos como una cebra,
 y a la Virgen y el Niño
 hace tiempo bronceados
 bajo tu espléndido sol.
 Solo les pido salud
 y culminar bien esta ofrenda.

El círculo de la esplanada:
 observatorio ideal
 para tu horizonte de cerros,
 colinas y pinares,
 y nubes que se vuelven velas
 bajo tu cielo íntimo
 como un nadador
 zambulléndose despacio en el mar.

Y una tarde, ensenadas del asombro,
 música para los ojos tus aguas
 azulinas, celestes, esmeraldas...
 Y labradas por el tiempo,
 por la lluvia y el sol pintadas,
 tus rocas majestuosas:
 dioses pálidos que no pasan.

En víspera de la partida,
 paseo por tu Puente Viejo,
 miro las barcas de los pescadores
 quietas bajo la alta noche.
 Recia como una gran ola resuena
 la algarabía de jóvenes
 inocentes o ajenos
 a los barrios del hambre
 atados a la sombra y la droga.

De pronto, escucho cada vez más cerca
 millares de voces migrantes,
 bandadas de nombres y apellidos
 que aletean como gaviotas
 buscando las costas de otros labios,
 y contemplo abrazos de bienvenida,
 manos y pañuelos que se agitan
 enjugando las lágrimas de los adioses,
 y junto a su esposo en la cubierta,
 lista para desembarcar, de paso por ti
 hacia un rumbo desconocido
 la adolescente palestina
 amamantando a su niño
 bajo las atónitas estrellas.

Marseille, Massalia, Marsella,
 madre de mar y roca,
 seas en todas las eras
 y en todas las lenguas.



En Marsella, 2022



Al amigo presente

Memoria de un encuentro, en la primavera de 2010 con Eduardo Mitre en Cochabamba

Benjamín Chávez

Ayer, apenas el sol nos dio la espalda, entramos en un bar desierto que, de a poco, se fue llenando de palabras. Acudieron a beberse de un trago el vacío interestrofónico donde a veces suceden los días.

Un abrazo fraternal nos sale al encuentro desde el fondo del recuerdo, cuando, por fin, en Cochabamba –luego de habernos visto una vez en Sucre y otra en La Paz, acaso con una década de distancia entre uno y otro encuentro– podemos platicar largamente, paréntesis de pausa, regalo de los dioses.

La mesera, amiga tuya de otro tiempo, te saluda jubilosa de verte nuevamente y trae tu bebida favorita con el deseo de que la estancia sea larga. Mientras se aplastan las colillas y buscamos otro cigarrillo te agradezco, en silencio, tanta imagen, tanto rigor, tanto prodigio.

Por la ventana, como un vitral, vemos que la nieve de la ausencia se ha derretido y el prado vuelve a poblarse de animalillos sedientos. Me dices que en Nueva York, a veces, llueve a cántaros y el paraguas es tu jardín portátil porque crece, aflora, bajo la lluvia.

Tras el primer trago de vino en tu compañía vuelvo a ser el joven de 23 leyendo *El peregrino y la ausencia*, doble deslumbramiento ante la página y el altiplano que la ventanilla del bus me muestra en un viaje hacia Oruro (había comprado el poemario en Los Amigos del Libro en La Paz), y los recuerdos me salen al paso, como a ti en el metro, de estación en estación neuyorquina.

La poesía, la convidada de siempre, en el centro de la mesa prueba nuestras copas, mientras la horas pasan o se quedan pronunciando un rosario de adioses y reencuentros, palabra a palabra, hasta el fondo mismo del tiempo.

El árbol, el viento, la lámpara, son algunos de los símbolos más recurrentes y significativos en la poesía de Eduardo Mitre. Pero es la nieve la imagen privilegiada de un pensamiento que se enfrenta sin descanso a la meta última de la poesía: lo inefable. En “La nieve” (revista *Letras libres*, 2015) leemos:

Se ha puesto el cielo a nevar por primera vez como siempre,

y yo, en la vejez, a pensar que aún no he escrito un libro sobre la nieve.

Sin embargo, ese libro existe y es legible a lo largo de toda su obra poética. Insoslayable, la blanca nieve sobre sus palabras, las nutre y, a la vez, amenaza con borrarlas. Ya desde su primer libro, *Morada* (1975), la blancura adopta múltiples formas y funciona como un *fiat lux* (“hágase la luz”) a través del concepto de “lo blanco”, que alumbraba y revela la presencia del mundo:

Su De lo oscuro a lo claro
El alba tensa
A
r
c
o
Sa
l
t
a
s
De lo blanco

¿Por qué no hablar aquí, entonces, del concepto de lo blanco? Porque la poesía de Mitre es terrenal, cotidiana y tangible, y la nieve, una imagen axial que en más de una ocasión se erige como el soporte y el sustento mismo de la escritura:

En la ventana:
la nieve extendida
como tú en el sueño,
absorta
como mis ojos sobre la página.

(“Casi la dicha”, *Líneas de otoño*)
París, invierno de 1980
Queridos pájaros ausentes
Barrios de nieve

(...)Cae la nieve
nieva silencio
Así ha de nevar –ya está nevando–
También el olvido

(*Razón ardiente*)

Continua
mente
instantánea
nieva por primera vez siempre:



En Granada, con la Alhambra al fondo, el año que escribió “Yaba Alberto. Tiempo después, en la misma ciudad, escribiría “El peregrino y la ausencia”

como se miran los que se aman.
Nieve como la única cosa real que sucede.
Y corren los niños para tocarla y tras ellos las palabras frágiles como la nieve pendiente de una mirada.

(“Escrito en blanco”, *Líneas de otoño*, 1993)

Como la nieve, la poesía revela la realidad al tiempo que la oculta, y la distancia insalvable entre la escritura y el mundo, el lenguaje y el silencio, se materializa como una ausencia palpable en el paisaje de la página:

Cortesía desmesurada
El silencio se inclina
Y me cede la palabra
Avergonzado
Escribo: Ita, verano de 1970

Guillermo Ruiz Plaza

El peregrino y la nieve

a plantar mi cuerpo en las calles y el tiempo.

Símbolo de lo sagrado, la nieve no solo no puede ser dicha, sino que, además, antagónica a “las calles y al tiempo”, es decir, a lo profano, lleva al yo poético a los límites de una revelación ontológica, de una plenitud mística. Esta experiencia espiritual, sin embargo, no debe entenderse como una evasión, sino, al contrario, como un acercamiento al corazón ardiente de lo real. ¿No leemos acaso, en *Morada*, que “No hay más ascensión que hacia la tierra”? En lo immanente, en la textura misma de lo cotidiano, el instante se abre de pronto y, “lo que dura un fósforo” (“El santo”), nos deja atisbar “el oculto rostro del ser”. Pues la poesía de Mitre está en constante búsqueda de “la palabra digna / de tanto don, tanta gracia” (“Casi la dicha”) y se sitúa en la frontera entre lo sagrado y lo profano, la celebración y la elegía, al borde de una revelación inminente. Como anoté en *Eduardo Mitre y la generación dispersa* (2013), esta poesía es, entre la plenitud y la penuria, la experiencia íntima del mundo según el movimiento pendular del deseo. Tensión igualmente palpable en otros ámbitos, como el erótico:

Sobre el tiempo intacto
nuestros cuerpos tendidos
expuestos al vacío
melancólicamente plenos.
 (“Húmeda llama”, *Líneas de otoño*)

Multiforme y polisémica, la nieve parece concentrar todas las tensiones de la poesía mitreana. Es la cifra de una lucidez implacable que cuestiona el lenguaje poético al tiempo que lo justifica. Es la levedad fértil del instante y la huella de las destrucciones del tiempo, la manifestación del ser y la confirmación de su ausencia en el poema. Puente efímero entre lo sagrado y lo profano, se erige como la imagen misma de la poesía y tal vez incluso de la vida. Pues “lo blanco” es también el blanco, es decir, la meta. Y no cabe duda de que la poesía de Mitre, lejos de ser puramente contemplativa, nos invita a vivir con plenitud, a sentir otra vez asombro ante el mundo y a dar el salto vertiginoso hacia la presencia, el goce, el tacto y la experiencia. Un llamado que resulta imperioso en el mundo ultra conectado y cada vez más virtual en que nos desenvolvemos. Dicho esto, como nuestro querido y lúcido poeta, prefiero retirarme ahora y dejar que el misterio de su poesía resplandezca en toda su desnudez:

Ha vuelto sin anunciarse
y está en todas partes
Salgo a su encuentro:
blancura destellante.

A cada paso
explosiones de silencio.

Poco a poco
me va cubriendo por dentro.

Ya a punto de transfigurarme
en un árbol o en un ángel,

el paso de una mujer,
el roce casual de su pelo

encienden el pedernal del deseo,
disipan el sortilegio
y vuelven
a fundar la ciudad,

Mejor no la embarro,
retiro la mano y me quedo
–como el mirlo
bajo el alero–
mirándola
nevar en silencio
sobre la tierra sangrienta
y la página en blanco.



Tríptico

A la memoria de Luis Frege

I

Desciende en silencio la nieve.
Entonces, abrir una puerta y salir
es cometer actos santos.
La nieve es tibia y los muertos
recuerdan el color de la leche.
Los años no han pasado por la nieve:
el niño y el abuelo siguen andando.

II

Niebla se llama pero su nombre no basta.
Añicos de años su raído color.
Un rastro y un guante en un puente en la niebla.
La niebla es cansancio de la nieve –dijo el poeta.
Pero búfalos y búfalos en la niebla.
Gritar tres veces: Eva nieva la niebla,
ayuda a cruzar la niebla.

III

Lento el inicio de la oscuridad.
Con temor entra el alma
y ladea en la oscuridad.
Aunque parece que nieva,
en el fondo no cielo ni seno
sino vientre la oscuridad.
A agua –no a tierra– sabe la oscuridad.
En la oscuridad no se es, sólo se está.
En el principio era la oscuridad.

Eduardo Mitre



En el rellano de la escalera de la que fuera la casa de Mitre en Cochabamba. De izquierda a derecha: Eduardo, su hermano Antonio, Cachín Antezana (a quien El Duende homenajeó en su edición anterior) y Manolo Molina

Entre el exilio y el reino

Esta lectura del poemario *El paraguas de Manhattan*, es un texto póstumo del autor chaqueño, publicado en 2014 en el extinto suplemento Ideas.

Jesús Urzagasti



Mitre niño (centro) en Oruro, junto a su hermano Antonio, su madre Karime y su tía Suría

A poco que se frecuente la poesía de Eduardo Mitre se topará uno con la palabra *exilio*, dicha de un modo decisivo y a tono con lo que ella significa para los bolivianos, pero en completa discordancia con el escenario surgido de la globalización, en donde da lo mismo ser de aquí o de allá, precisamente porque no se pertenece a ninguna parte.

En consecuencia, el suyo es un exilio que, lejos de atrincherarse en el desarraigo, hace de la añoranza un vínculo con lo esencial del país, en contraposición al que tiene como móvil la mera nostalgia del poder.

A pesar de las muchas ausencias que la cruzan, la poesía de Eduardo transmite gozo, sensualidad y certidumbre, privilegio de un creador que descubre en el mundo de todos los días las líneas del asombro y el perfil de lo insólito. En lugar de habitar el vacío, los seres de este universo transitan entre los objetos imaginados y la luz consoladora del recuerdo.

Aunque suene a paradoja, no es casual que este trashumante establezca sus dominios en los mínimos espacios concedidos a la silla, la papa, el cuarto, la lámpara, las sábanas, los girasoles, las alcachofas, el árbol, etc. Y que el tiempo preponderante en su poesía, incluso cuando trabaja a pérdida para el que lo siente pasar, sea siempre el puente hacia lo memorable. Dicho con el aliento verbal del poeta: *No hay más ascensión que hacia la tierra.*

En un espacio y tiempo precisos sucede el manejo de las palabras. Este manejo define el carácter de nuestras relaciones con el mundo. Quien prescinda del decoro e ignore el sustento y la energía cambiantes de las voces del idioma, las habrá devaluado, y de nada le servirá exhibir su fidelidad al diccionario.

Del esteticismo vacuo al lenguaje de playas anchas, intervenido por agentes de mala índole y proclive al enajenamiento y la confusión, así se podría resumir el rumbo actual de las palabras, abiertas al azar, ahítas de antemano, pero capaces

de propalar informaciones urdidas por el hombre insensible a lo incomunicable.

Otro es el escenario del vocabulario afectivo de la poesía: surgido de las múltiples honduras humanas, se transforma en luminosa profundidad cada vez que el creador asume el riesgo de recordar a esos seres imaginarios de que hablaba Lautréamont, y retener en la memoria colectiva el asombro mayor, que consiste en comunicar lo incomunicable.

A este propósito, siempre me pareció notable que Eduardo Mitre hubiera expresado desde muy temprano su irrevocable apego a las palabras, propio de un *sirwiñacu* a largo plazo y, por lo tanto, ajeno a esos matrimonios mal avenidos que confunden la necesaria subversión verbal con la gratuita hostilidad, la influyente transparencia del pasado con la estéril docilidad de lo caduco. Su deslumbrante poema *Las amorosas* es una clave para entender la arquitectura interna de una obra en continuo movimiento:

*Con nosotros se acuestan,
con nosotros se levantan.
Todo el día nos sirven,
de noche nos acompañan.
Si hablamos dicen,
si no se callan.
No hay amantes más fieles
ni más maltratadas.*

*Con nosotros se acuestan,
con nosotros se levantan
las amorosas palabras.*

Sólo el silencio las ama.

Entre el exilio y el reino –título de una obra de Albert Camus– surge la aventura espiritual de Eduardo. Si lo primero es una suerte de desasimiento modelado por la errancia y sus premoniciones, lo segundo será el paraíso deslindado de la utopía, ajustado enteramente a las profecías terrestres y con la jerarquía del hombre que se remozca en sus infinitos abismos.

Ha dicho el novelista español Antonio Muñoz Molina que *El paraguas de Manhattan*, el mejor de sus títulos, “es un capítulo en ese largo libro de peregrinaciones y celebraciones que Eduardo Mitre lleva escribiendo desde hace muchos años”.

Yo diría que los poemas que componen este libro, autónomos por donde se los mire, están al servicio de un tema central: la metrópoli, en este caso la jungla neoyorquina y sus habitantes, herederos de una singularidad que no pretende supremacía alguna.

Cada uno de estos poemas tiene antecedentes en la propia obra del poeta. Cada uno, siempre en tránsito, guarda correspondencia con una totalidad que reclama la belleza edificante o el suntuoso desvarío. Cabe entonces afirmar que, por grande que sea el mundo, más temprano que tarde termina ajustándose al tamaño de nuestras obsesiones.

“Sin que se lo persiguiera, se fue”, ha dicho Ezequiel Martínez Estrada de Guillermo Enrique Hudson. “Si uno se va es porque ya se ha ido”, dijo de sí mismo cuando abandonó Argentina, su país natal.

Esas sentenciosas frases no son aplicables a Eduardo Mitre. Ni siquiera cabe hablar de exilio, de resonancias a menudo insidiosas. Si así fuera la cosa, prefiero imaginarlo como un moderno giróvago, “un monje que vaga de uno en otro monasterio por no sujetarse a la vida regular de los anacoretas y cenobitas”, según reza el Pequeño Larousse Ilustrado.

Gracias te sean dadas, Yaba Alberto

Gracias te sean dadas, Yaba Alberto,
y a tu padre, y al padre de tu padre.
Gracias te sean dadas, Karime generosa,
que dices *marhaban* con tu abrazo.

Gracias por enseñarnos el significado de viaje
y de regreso.
Gracias por hacer que exista Granada.

Gracias por venir tan lejos,
aquí,
precisamente aquí,
y hacer que Eduardo
sea boliviano
—es del mundo entero,
pero un poco más nuestro—.

Sin ustedes
—sin sus libros, sus miradas,
sus errancias, sus palabras,
sus silencios—
no habríamos intuido
que poesía también se dice *mirabilia*.

Gracias por cumplir su Destino,
sus caminos de las Mil y una Noches.
Ustedes fueron los dos que soñaron lo mismo
y lo creyeron.

Gracias.

Por ustedes leo los diccionarios con los cuerpos,
el vino convierte la noche en un alcázar,
y las pecas son una garúa

perenne.

Diego Valverde Villena

A Cántaros, de Eduardo Mitre

Mayco Osiris Ruiz

Es difícil imaginar un libro que —atravesado de principio a fin por la nostalgia— carezca de nostalgia y de las expresiones con las que habitualmente la asociamos; un libro en donde la memoria, la evocación continua de lo que ya no está o lo que se ha perdido, no involucre un resabio de la *eterna miseria* en que consiste (según dijo Piñera en *La isla en peso*) “el acto de recordar”. Más difícil aún, por su *infrecuencia*, es que el libro en cuestión se desarrolle en verso y que su autor, bordeando la sirena del discurso afligido, decida hacerle frente a los recuerdos —a la vida vivida y hasta a lo inevitable— más como permanencia que como la antesala del olvido.

Ya desde *Mirabilia* (1978), Eduardo Mitre supo dar testimonio de lo que significa asumir en poesía una actitud gozosa, arrojando —como expresó algún crítico— “con júbilo y ternura la contingencia de los tiempos”. Cuarenta años después, esa misma actitud se verifica, concediendo a las páginas de *A cántaros* (su más reciente libro de poemas) la rara facultad de la alegría, aun cuando por sus márgenes desfilen los fantasmas y el resquemor del tiempo que se ceba en las cosas —y en los mejores años— de los hombres.

Alegría, por supuesto, quiere decir prodigio; sacar a relucir lo que no está a la vista por el hecho de ser demasiado evidente. He allí una de las claves de la poesía de Mitre y también del milagro que ha sido desde siempre la forma de mirar de los poetas. Por sobre las certezas que nos granjea la muerte, la réplica del verso instaura el sobresalto de lo cotidiano. Y por esta razón, los ausentes regresan de su sueño perpetuo, se sientan a la mesa del recuerdo y beben o discurren como si no existiera misterio de por medio; o como si el misterio no fuera nada más que un aquí y un ahora tan fugaz y accesible como la gratitud:

Es extraño que ahora,
al cabo de tantos años
su imagen se siente a mi lado
en un banco de la vejez.
Aunque de haber misterio
no hay tal
sino la gratitud
por haberlo conocido,
y este instante
que vuelve a reunirnos
y a disiparse
sin decirnos adiós.

(“Primer encuentro con Jaime Saenz”)

A cántaros es un libro de mermas infinitas. Por eso en su estructura, tan próxima a la vida, hay algo de inminencia y de fascinación. El discurso elegíaco —como después el tiempo o la melancolía— desarrolla una imagen del porvenir del hombre, siempre supeditado a la íntima certeza del final. El canto que así se alza no es solo por los muertos, pues se extiende también a aspectos más cercanos



Los poetas Adhemar Uyuni, Eduardo Mitre y Edwin Guzmán en Sucre en la primera mitad de la década de los 90.

a la vitalidad de quien enuncia y, por imantación, a lo que el hombre pierde frente al tiempo que esquilma en la raíz de la hermosura:

...yo solo quería decir
que hay un instante
en que uno mira nevar
y de pronto cae en la cuenta
de que ya todo lo que hace
no es mucho antes de morir.
Y que eso ha de llegar
en un abrir y cerrar de ojos
y en un solo lugar [...] —¡Ay, amor, cómo nos veja
la cruel nevada del tiempo!

(“La nieve”)

Con todo, por más que lo parezca, no hay un lamento fúnebre, sino, en todo caso, una poesía que acata de buen grado el orden natural del universo, que se mueve con él y lo resiste para, más que nombrarlo, comprenderlo. Y esa actitud vital, compuesta de sentir y de apurar el vaso hasta las heces, es lo que la separa del ánimo sombrío, aun cuando la vejez, el dolor o la fatalidad, sean presencias palmarias y acuciantes. Vida y muerte, vejez y

juventud..., son misterios simbióticos, sin otras aporías que las consustanciales; de allí que su espesor —el de lo irremediable— sea un poco menos denso, dejando traslucir la tenue irradiación de una esperanza:

Y ahora que ella, mi hermana...
se halla expuesta al dolor
que asola sus huesos,
siento como una llaga
los versos que en el colegio
con desgano memorizaba:
Dichoso el árbol, que es apenas sensitivo...
Sin embargo, es ella misma
Quien me infunde ánimo;
pues pintar con su mano
es encender una llama
frente al tiempo y la muerte
y, como su Artemis,
convertir arco y flecha
en una rama,
y devenir árbol.

(“Flora y el tiempo”)

Lo irreparable, como dijo una vez Gonzalo Rojas, es el *hastío*. Pero no si se opone la alegría del prodigio que es despertar a diario y descubrir, detrás de los cristales de una ventana en Brooklyn, que desaparecer es casi nada, apenas un susurro disuelto en el fragor de una vida que nunca se

detiene. No hay actitud más clara ni ánimo más resulto a celebrar la empresa de estar vivo, que los que da asomarse a todos los “horrores de este mundo” sabiendo que detrás va siempre la mañana, y que esa sucesión da sentido al enigma de ser hombre, de todavía apartar —entre tantas miserias— “con ímpetu / la sábana diaria de la resurrección”:

A ella me asomo cada mañana
(no hay mejor puerta de entrada al día)
como a la primera línea
de una nueva página [...]

Mi ventana es una diaria epifanía,
y cada noche, apenas entro en el sueño,
se cubre de luto y llora en silencio
los perpetuos horrores de este mundo

(“Mi ventana en Brooklyn”)

Mitre, como lo corroboran sus poemas y sus críticos, se mueve entre la diáspora y la permanencia. Detrás, como una patria abierta, el recuerdo de tiempos y rostros conocidos se afana en devenir eternidad. Por eso en este libro, en donde se percibe con mayor nitidez la conciencia del fin (“Ahora confundí sus nombres / y no recuerdo bien sus caras / mi memoria se ha vuelto la pizarra / que al final de cada clase borraba”), dicha patria es el nexo que concilia lo lejano y lo próximo, lo que ya se ha marchado y lo que se está yendo (“Desandar la senda del tiempo / hasta que el niño que fui / vuelva su mirada hacia mí / y me reconozca de viejo”). Esa es la eternidad de lo perdido: regresar y fundar, sin nostalgia o memoria,

...el aquí y el ahora...
que dura un parpadeo
aunque no acaba,
ya que apenas pasa
renace como el deseo.

(“El ángel del instante”)

Se trata, entonces, de habitar este mundo no desde la memoria sino desde un presente compuesto de palabras en las que se refracta la huella del pasado (“Pero mejor no mirar hacia atrás / sino a la ventana / a las nubes que pasan... a la ardilla que aparece / y desaparece —rápida / como un golpe de suerte / o la puñalada de la desgracia”). De aprender a quedarse y a marcharse también sin otra libertad que esas mismas palabras, sin otro privilegio “que tener una mano / que desde niña / se columpia en las palabras”. Por supuesto, es un consuelo exiguo frente a lo inexorable pero basta a quien solo quiere “seguir andando”, “apuntando / bajo el sol o la lluvia: / el aquí, / el ahora”.

Eduardo Mitre tras la poética del retorno y la nostalgia

Una lectura¹ de *Las puertas del regreso. Nostalgia y reconciliación en la poesía hispanoamericana* (Plural, 2017) de Eduardo Mitre, un lúcido ensayo seguido de una antología de 26 poetas cuyas obras se vieron atravesadas por la ausencia y el regreso.

Martín Zelaya

En su libro *Viajes y otros viajes*, Antonio Tabucchi escribe: “posar los pies en el mismo suelo durante toda la vida puede provocar un peligroso equívoco, el de hacernos creer que esa tierra nos pertenece”.

La ausencia –voluntaria, eventual; obligada, definitiva–, el regreso y, por consiguiente, la permanencia (arraigo o fugacidad) son temas trascendentales a la poesía de todos los tiempos –junto con algunos no tantos otros: amor/desamor, vida/muerte, quietud/tiempo, nostalgia/porvenir...– y Eduardo Mitre, versado como pocos en la reflexión en torno a la poética –más allá de su innegable valía como vate– nos presenta un precioso libro dedicado a esto: *Las puertas del regreso. Nostalgia y reconciliación en la poesía hispanoamericana* (Plural, 2017).

“Este libro –explica el orureño en el prólogo– es un viaje por la experiencia del retorno en las obras de poetas hispanoamericanos contemporáneos. Va de Ramón López Velarde hasta autores como Pedro Shimose, Raúl Zurita y Jorge Galán, pasando por Huidobro, Neruda, Paz y otros clásicos de la poesía hispanoamericana de vanguardia”.

Pero además del estudio riguroso de estas búsquedas e intereses (ausencia-retorno) en poemas de 26 autores, Mitre, como bien nos tiene acostumbrados en libros como *Pasos y voces*, ofrece además una segunda parte con una antología en la que recoge las creaciones que lo inspiraron. Por ejemplo, “No vive ya nadie”, del enorme César Vallejo:

–No vive ya nadie en la casa
–me dices–; todos se han ido.
La sala, el dormitorio,
el patio, yacen despoblados.
Nadie ya queda, pues todos
han partido.

Y yo te digo: Cuando alguien se va,
alguien queda. El punto por donde
pasó un hombre,
ya no está solo...

Vamos a trazar una breve lectura de las lecturas –valga



El equipo de fútbol del cuarto curso de secundaria, en el colegio La Salle de la llajta. Eduardo Mitre sosteniendo la pelota. A la izquierda, de cuchillas, Daniel Zambrana, detrás, de pie y de negro, Santiago Issa, el extraordinario arquero, hermano menor de José Issa. Ambos, Daniel y Santiago están presentes en el poema “Todos los juegos el juego”: ¿Dónde está, Daniel Zambrana, la pelota que nos daba a flor de pies y manos, todo el espacio? ¿Dónde está Santiago, nuestro insólito arquero, supersticioso como los gatos y tan ágil como ellos?

la redundancia– de Mitre sobre los cuatro poetas bolivianos incluidos en el libro: Octavio Campero Echazú, Jaime Saenz, Pedro Shimose y Jesús Urzagasti, pero antes se hace necesario identificar rastros de ausencia y retorno en la vida y obra de este orureño de nacimiento, cochabambino de crianza y residente hace ya varias décadas en el exterior. En su artículo “La suma poética de Eduardo Mitre”², en el que Adolfo Cáceres Romero hace un sucinto recorrido por la trayectoria de su amigo, escribe:

...Cochabamba era el vacío, la ausencia sin esperanza; pronto emprendió su primer exilio voluntario, en parte siguiendo el recorrido de [Edmundo] Camargo, sobre todo en Francia. Estuvo en Niza, hasta 1968, año en el que estalló la rebelión estudiantil; entonces, el gobierno hostigó a los estudiantes hispanoamericanos. Mitre tuvo que abandonar ese país. Feliz retorno para nosotros. Puso en escena, en el teatro Adela Zamudio de Cochabamba, su poema escénico “Pastor de una ausencia”, que nunca fue publicado.

--
Morada abre sus páginas con una cita de Octavio Paz: “es el centro del mundo

cada cuarto”, verso muy significativo, por cierto, por cuanto el “cuarto” es la “morada” con la que Mitre anima recurrentemente varios de sus poemas, pues de algún modo le hace dueño de un espacio recobrado, a fuerza de vivir de sus añoradas experiencias, entre las cuales están: su hogar, sus libros y autores favoritos...

Los bolivianos

Después de repasar las “idas y venidas” en la vida y poesía de López Velarde, Mistral, Vallejo, Huidobro y Borges, Mitre recalca en Octavio Campero Echazú. Se detiene en el poema “Porque van diez años”, un relato del desarraigo del migrante que parte en busca de un mejor destino (laboral, económico) y al volver a Tarija se hace patente su triple pérdida: de identidad (no se reconoce más), de reconocimiento (no lo aceptan más) y de amor (no lo esperan más).

Porque van diez años
que dejé mi tierra,
ya nadie me quiere
conocer siquiera.

Luego viene Jaime Saenz con su “La piedra imán”, “una experiencia de regreso o de varios regresos” a la eterna y única (para él) La Paz. Centrándose en especial en el capítulo XXV de esta prosa

poética, Mitre identifica la imagen e idea predominante de “reincorporación”, palabra que aunque aparentemente daría cuenta de una contraposición al retorno fallido de Campero Echazú, en el fondo no. El pasado permanece, pero no existe; solo es memoria, solo es rememoración, un espectro, una irrealidad para el que vuelve, para el que intenta volver a él. A fin de cuentas, reflexiona Mitre, “el regreso al pasado es imposible, pero el pasado es decible, evocable, representable. El deseo apela a la escritura como a una piedra imán que lo atraiga al presente, y eso es lo que hace Jaime Saenz en su gran obra poética y narrativa: escribir (revivir) la ciudad y los habitantes de su infancia y juventud...”.

Vuelvo de años.

Ya todo lo había olvidado, ya nada recordaba.

Y he aquí que ahora las cosas vuelven a ser las de antes, y ya todo...

El tercer boliviano incluido en “Las puertas del regreso” es Pedro Shimose, a quien no duda en calificar de “poeta del exilio”. Se vale Mitre de varios poemas del beniano para destacar dos signos que marcan sendas etapas en su *ars poetica*: el dolor por la expulsión y la añoranza de su patria, y experiencia agri dulce del retorno (momentáneo). Al

contrario de Campero Echazú y Saenz, más pendientes de lo territorial-espacial, Shimose escribe siempre con el trasfondo del amor y un evidente “sentimiento de ajenidad” debido a la apropiación que en largos años hizo ya de su nuevo hogar, de su nueva patria de acogida, a la que, desde luego, también extraña-deja-retorna. “Nostalgia doble –escribe Mitre–: espacial por Madrid y temporal por la juventud, ligadas ambas a una presencia: la esposa”.

A 10.000 kms. de ti, descubro
a un hombre
acostumbrado a otro país,
a otra ciudad,
a otras amistades.

Mi país:
humo de nostalgia,
casi un sueño...

Finalmente está Jesús Urzagasti. “Poeta del viaje –escribe el autor–, Urzagasti también lo es de la permanencia, del viaje interior, de las raíces”. Como todo buen lector tanto de los versos como de la prosa del chaqueño, a Mitre le es fácil identificar una constante: el verbo “volver” como señal no ya solo del retorno, sino en esencia del desprendimiento. De Campo Pajoso al monte chaqueño, del monte chaqueño a La Paz, y de La Paz al mundo. Un periplo crucial, permanente, repetido... pero siempre con pasaje de retorno.

El trasfondo, el eje tangencial –a no olvidar– es siempre la muerte, viaje final y definitivo. El único sin retorno.

No caminaron en vano los
que un día partieron
aquí están de vuelta con todas
sus palabras
y con un silencio muy antiguo
en la mirada.

Pensé que nos íbamos a
extraviar en el gran mundo
creí que todo se extraviaría
en el gran ruido de los días
y que la noche nos esperaría
con otra fachada

de modo que sufrí sin
anticiparme
al milagro de las pérdidas...

¹ Este artículo se publicó en una versión ligeramente diferente en el extinto suplemento LetraSiete en junio de 2017.

² Disponible en dos partes en <https://letrasietebolivia.blogspot.com/2014/08/ensayo.html> y en https://letrasietebolivia.blogspot.com/2014/08/ensayo_15.html